LA MUÑECA DE TRAPO

SENTADA sobre alfombra, casi yuyos, mientras hay lluvia
lenta en el vidrio del ventanal, por el salvaje
viento y las arenas remolineantes de Trouville lejana.
Sentada haciendo dobleces de diferentes trapos, restos
de ropa y por restos, salvados del tiempo; los dedos
habilísimos retuercen y cortan, obedecen silenciosos
a la muchacha sentada en la tarde de lluvia y mar cercano.
No hay ruidos de anochecer seco, sino que febrero resguarda
este alto piso al exterior dándole fluidez tierna de luz
mojada, algo parecido al dormirse sin amor y memoria, casi
la muerte amigablemente recibida por un olvido que la antecediera.
Rodeada de calidez la muchacha corta y pliega
sin levantar su nuca entrevista al contraluz sobrio
de la tarde sin luz seca, toda lluvia repitiendo ancestral
llamado, mientras crecen brazos y piernas de un ser
de trapo que aún descabezado tiene ya ritmo de ojos.
Y después viene el pelo negrísimo, tajeado irregularmente
sopetón de huracán sobre paño negro que quizá tenía
hasta ese momento, en el sosiego del cajón de retazos,
un mundo de párpados cerrados y que ahora en adelante
se condenara a pelo de muñeca, tajeado flequillo, desgarrada melena.
La muchacha sentada concluye la ancha moña del vestido y alza
su criatura de trapo, riendo muy alta la mano, con dedos
por el oculto desnudo; riendo la deja en la mirada de todos
mientras la lluvia continúa igual a antes, a siempre, haciendo

un anochecer brillante en que se contemplan focos y autos.
Sentada sobre alfombra, casi yuyos, con dedos, trapos
y silencio, solamente con estos elementos ella ha hecho
una criatura que yace, pelo negro tajeado, facciones bordadas,
frente al anochecer lluvioso que ya no es mirado por nosotras
únicamente, sino también por tristes redondeles de macramé azul.
En dos horas ella ha nacido y ya se sienta muda
junto a nosotras que la admiramos riendo, sin comunicarnos
el miedo que sentimos ante esta criatura de largos miembros
flexibles, sentada en el mundo del tiempo, ocupando sitio propio,
iniciándose en los minutos, las horas y fijándonos a su alrededor.
La muchacha se ha levantado de la alfombra, pero sabemos
que muchas veces hacia atrás y delante, vuelve a sentarse así,
a ser dedos hábiles creando muñecas de trapos, en tarde sin luz
seca, en anocheceres solos o tal vez rodeados como éste de ternuras
que sin embargo no logran tocar ese reino que ella y su criatura
habitan mientras arrolla retazos, tijeretea paños, borda facciones.
Cuando nos levantamos, al cerrar el cuarto de la alfombra
viene un silbido de muchacho desde el mar, estirado silbido
haciendo flujos y reflujos y el miedo entonces acentúa
soledad en torno a la muñeca de trapo que queda sola, sentada,
ocupando un sitio propio, un tiempo tan suyo como el pelo, en el mundo.
Tarde de febrero, tarde de luz mojada, que sirvió para alzar
riendo una tristeza de trapo y macramé contra vidrios empañados,
desde una alfombra de alto piso a cercano mar, a viento arenoso;
una tristeza de la que no nos apiadamos porque nació el miedo

en nosotras, el mismo que antes venía de la oscuridad a
asustarnos.
Tristeza sola, compartiendo la noche con un silbido
largo, de marea en redondo llegar e irse, unidos
retazos que aceptan nuevo destino, olvidándose de sí mismos
en una criatura inventada por otra, quizá tan inocente de sí
como la muñeca de trapo que hicieran sus dedos en una tarde
de lluvia.



EMMA DE CARTOSIO